

# ¿Tiene Dios la culpa de todo?

## Teodicea para primeros auxilios

Joan Mesquida Sampol

Doctor en Derecho y Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración

E-mail: mail@jmesquida.com

Recibido 12 de enero de 2015

Aceptado 20 de enero de 2015

**RESUMEN:** El problema del mal ha sido definido como la principal roca del ateísmo. Pero lo es en la medida que, con frecuencia, los creyentes no sabemos dar una respuesta coherente ante la contradicción entre un Dios que es amor pero que permite el mal y el sufrimiento de inocentes. En el artículo se intenta analizar el problema desde diferentes puntos de vista para poder salvar, aunque sea sólo de forma parcial, esa paradoja que dificulta el acercamiento a la fe de muchas personas.

**PALABRAS CLAVE:** problema del mal, teodicea, retribucionismo, justicia divina, ateísmo.

Afirma Walter Kasper que las experiencias de sufrimiento inocente e injusto son un argumento contra la fe en Dios existencialmente mucho más fuerte que todos los argumentos basados en la teoría del conocimiento, la epistemología y la filosofía en general. Constituyen, concluye el cardenal alemán, la roca del ateísmo<sup>1</sup>.

No le falta razón al teólogo, pues a la mayoría de los creyentes nos ha pasado tener que enfrentarnos a la pregunta de alguien, normal-

mente escéptico, respecto a cómo podemos creer en un Dios que es infinitamente bueno y todopoderoso pero que permite el mal y el sufrimiento. Y ojo, porque las dudas y desasosiegos derivados de esa contradicción, afecta más que a los no creyentes –que pocas veces se lo plantean– a los propios creyentes, que en muchos casos asumen silenciosamente su perplejidad o se consuelan con frases poco convincentes, del estilo «esto es así aunque no podamos saber por qué». Fundamentos, como vemos, muy poco sólidos que en casi nada ayudan al creyente y que suponen, además, un flaco favor

<sup>1</sup> WALTER KASPER, *El Dios de Jesucristo*, Sal Terrae, Santander 2013, 263.

para el no creyente que se acerca a aquél con sana curiosidad.

Por otro lado, esta falta de respuesta no es algo insólito cuando nos encontramos en el ámbito de la religión, pues hay que reconocer que existen cuestiones que superan los límites de la razón adentrándose en el nebuloso territorio del misterio. Pero también es verdad que una cosa es toparnos con estos límites y otra acomodarnos al pie de la muralla y sumirnos en el cálido sopor intelectual que provoca que el dar por asentadas afirmaciones que sin embargo pueden ser discutidas. En el caso del tema que nos ocupa, por ejemplo, existe una constante y consensuada atribución a Dios del origen del mal, como si él fuera, por acción o por omisión, el responsable de toda desdicha. Pero esta afirmación, como veremos, está lejos de ser pacífica y universal y puede ser razonablemente objetada.

Por tanto, y para ir avanzando, propongo al lector intentar dar respuesta a varias de las preguntas con que todo creyente puede enfrentarse, bien por sí mismo, bien a través de un interlocutor: ¿Es nuestro Dios realmente un Dios injusto? ¿Podemos atribuir a Dios la responsabilidad del mal que hay en el mundo? Si Dios permite el mal, ¿sirve de algo apelar a él? Adelanto ya que no voy a ofrecer respuestas

definitivas. Por evidentes razones de espacio, sin duda, pero también por más que manifiestas limitaciones de mi capacidad y competencia. En cualquier caso, algo sí que voy a poder decir acerca de ese dar por hecho de algunos de que Dios es un ser despótico y terriblemente injusto con sus criaturas o, sencillamente, un comodín mental al que atribuir nuestras frustraciones.

### **La apelación a la justicia y la realidad del mal**

Para ir siguiendo un orden, la primera cuestión que trataré será la relativa a si Dios es injusto con nosotros al permitir el mal. Y la mejor forma de empezar este arduo tema es aclarar de qué estamos hablando cuando nos referimos a justicia. Ciertamente no hay un concepto unánime ni indiscutido de justicia pero sí que hay cierta unanimidad en aquellas situaciones que son claramente injustas, como el robo, la agresión, el tratamiento injustificadamente discriminatorio, etc. Aun así, esa unanimidad se rompe enseguida cuando analizamos detalladamente casos concretos: ¿es un robo el fraude fiscal?, ¿y pagar salarios basura a los trabajadores cuando el patrón obtiene pingües beneficios?

También hay cierto consenso, a grandes rasgos, respecto al concepto de responsabilidad, esto es, a la presunción de que toda situación injusta debe comportar una reparación o, al menos, una compensación del daño causado: hay que devolver lo robado y compensa, de alguna manera, el daño no reparable, aunque sea a la viuda o al huérfano. Y quien tiene el deber de responder o compensar es el responsable del acto injusto, el que lo ejecuta, provoca o no impide. Soy consciente que todo lo anterior no es sino una simplificación burda del tema, que es muchísimo más complejo, pero mi pretensión en este artículo es otra y solo puedo apuntar esta idea<sup>2</sup>.

Pues bien, si nos referimos a Dios y a su justicia, lo primero que vemos es que ni en los evangelios ni en ningún libro de la Biblia encontramos un tratado sobre la justicia o una conceptualización mínima de dicha virtud. Sí que podemos hallar, sobre todo en los diferentes evangelios, ejemplos que nos permitirían indagar sobre un concepto subyacente de justicia divina, si

---

<sup>2</sup> Es tremendamente complejo no solo por el propio concepto de justicia, sino también por el de la determinación del responsable, la relación de causalidad entre el acto realizado y el daño producido, la subjetividad del acto y la culpabilidad del sujeto, etc.

bien en muchos casos nos resulta cuando menos sorprendente.

En la parábola de los jornaleros (Mt 20, 1-16), por poner un caso, se nos explica como el dueño de la finca da el mismo sueldo a aquellas personas que han trabajado todo el día que a las que apenas han trabajado unas horas. Desde el punto de vista de una persona de nuestro entorno cultural, esta decisión supone un trato desigual que muy probablemente vulneraría la normativa laboral actual y que nos lleva a pensar que el dueño de la finca, al que Jesús parece poner como modelo, es un patrono tremendamente injusto con sus trabajadores.

Por tanto, lo primero que llama la atención aquí es que el concepto de justicia divina que se plantea choca con el nuestro, lo que nos lleva a pensar que la idea de justicia de Dios es diferente de la humana. No voy a entrar ahora en la exégesis de este u de otro pasaje de la Sagrada Escritura pues la cuestión que nos interesa aquí es otra. Pero lo que está claro, como creyentes, es que podemos comparar nuestro concepto de justicia con el de Dios, pero se tratará siempre de «nuestro» concepto, pues ni siquiera entre nosotros, humanos, nos ponemos de acuerdo sobre lo que es justo y lo que no lo es. En todo caso, ante la discrepancia no parece razonable, al menos

como creyentes, pensar que podemos imponer a Dios nuestra concepción de la justicia.

Al final, pues, la discusión sobre la justicia del actuar divino nos lleva a un callejón sin salida, pero, injusto o no, lo que sí parece indiscutible es la realidad del mal. En este sentido, es difícil no reconocer el carácter objetivamente «injusto» de determinadas situaciones, sobre todo cuando el mal se ceba con las personas más frágiles como los niños o las personas que viven en situaciones extremas. Y, como hemos apuntado antes, frente al mal, siempre se busca a un responsable, a un culpable que tendrá el deber de compensar el daño causado. En consecuencia, y en la medida en la que Dios ha hecho el mundo y, por tanto, ha hecho también el mal, parecería razonable entender que debe responder por ello.

De ahí surge la gran contradicción que produce un comprensible rechazo en la mayoría de personas no cristianas y no poca inquietud en muchos creyentes. Porque una cosa es que aceptemos a un dios creador que interviene en la historia y en el devenir del mundo, y otra es que, desde el dolor y la miseria de muchas situaciones vitales, de alguna manera ese dios merezca un reconocimiento y, mucho menos, ser amado y respetado. Naturalmente, esta concepción

de dios contradice la idea cristiana del dios bueno y misericordioso y por ello han sido y siguen siendo muchos los esfuerzos para intentar exculparlo.

### **La necesidad de exculpar a Dios**

Para muchos, la responsabilidad de Dios en el tema del mal es fácilmente acreditable. Si Dios solo es uno y es creador de todo, hay que entender que es el responsable del bien y del mal, pues ambos existen por haber sido creados. Por esta misma razón, exculpar a Dios del mal es complicado si queremos mantener en él los atributos de creador omnipotente y de infinita sabiduría. Al fin y al cabo, resulta de lo más lógico pensar que Dios ha elegido crear el mal de forma libre y que hubiera podido no crearlo.

Naturalmente, entre los creyentes son muchos los intentos que se han hecho para intentar exculpar a Dios. Algunos de estos intentos pretenden su exculpación relativizando el mal, logrando así mantener su carácter omnipotente y omnisciente. El razonamiento parte de la idea de que el mal es sólo una especie de daño colateral, un elemento negativo que forma parte de un bien mayor. En este sentido, podemos entender que Dios permite el mal a modo de castigo, para

que enmendemos nuestra conducta; o que el sufrimiento (provocado por una enfermedad, por ejemplo) puede tener un efecto catártico en nosotros y acercarnos a Dios a través del dolor y el padecimiento. En cualquier caso, debemos entender que el mal siempre anuncia un bien superior o al menos una intención buena, en el mismo sentido del padre que da un azote al hijo para que abandone un mal comportamiento. La libertad humana será siempre determinante a la hora de asumir ese mal y el fin que conlleva y, por tanto, obtener la recompensa de la gloria.

Este argumento del Dios paternal y piadoso no resulta siempre muy convincente. Es cierto que el planteamiento del mal como castigo nos puede parecer más cercano a la justicia humana, aunque tal vez demasiado, pues aleja a Dios de su infinita misericordia. Pero es un planteamiento muy limitado y no nos sirve para explicar el sufrimiento del inocente. Por muy piadosa que sea nuestra visión, lo cierto es que una enfermedad puede acercarnos a Dios o alejarnos de él. Ese sufrimiento puede tener, por tanto, un efecto contrario al pretendido, lo cual no deja de ser extraño pues si Dios goza del atributo de la perfección es difícil explicar cómo puede ser, en la práctica, tan mal pedagogo.

Una forma más imaginativa de exculpar a Dios es entender que el mal no es creación suya. Dios creó este mundo «viendo que era bueno», como podemos leer en el primer capítulo del Génesis. En este universo de bondad, el mal sólo puede entenderse como ausencia del bien. ¿Cómo puede suceder esto? Por la acción humana sin duda, a través de aquello que denominamos pecado. Sin embargo, una vez más topamos con el inocente, el incapaz de pecar. También es difícil de explicar el mal funcionamiento estructural del mundo: los terremotos, las lluvias devastadoras, las infecciones... Por supuesto que también podemos creer que estos males son algo «propio» del universo en el que vivimos, una corrupción intrínseca de la propia naturaleza de este mundo: el mundo es así y no puede ser de otro modo. Pero sostener esto nos lleva a pensar que Dios no fue el ingeniero perfecto que teníamos entendido y su omnisciencia queda, una vez más, fuertemente cuestionada.

Las dificultades de esta exculpación son evidentes. Aun así, no hay que precipitarse en descartar todas las opciones sin antes cuestionarnos si no estaremos formulando mal la pregunta o partiendo de unos supuestos erróneos. En este sentido, no está de más recordar que esta crítica al mal y al padecimiento parte de la comparación de nues-

tra realidad más o menos triste con un mundo ideal y maravilloso en el que el mal no está presente. Sin embargo un materialista coherente deberá reconocer que ese paraíso no existe, que no deja de ser una idea religiosa, una situación primigenia sólo alcanzable a través de la trascendencia. Entonces surge la pregunta: ¿si se trata de un mito, a qué viene tanta queja? Al fin y al cabo, cuestionar la existencia del mal ¿no será tan absurdo como cuestionar porqué existe la fuerza gravitatoria en el universo y si no sería mejor preferir otra alternativa?

A la vista de todo ello, es fácil darnos cuenta de que preguntarnos por la existencia del mal en el mundo tiene el mismo (¿poco?) sentido que preguntarnos acerca de nuestra propia existencia, de por qué el mundo es como es y no de otra forma. O dicho de manera más directa, la incomprensión acerca del problema del mal no evidencia tanto una limitación de Dios como nuestra. El mal es un misterio que no podemos comprender en toda su dimensión. Pero entonces debemos volver al inicio de este artículo e insistir: ¿qué puede responder un cristiano cuando se le plantea este problema?

Un planteamiento interesante lo encontramos en el teólogo belga Adolphe Gesché. Critica este autor algunos planteamientos ex-

cesivamente «filosóficos», a los que en parte nos hemos referido en párrafos anteriores, más preocupados en exculpar a Dios del problema del mal que de tratar el problema en sí. Es más, al pretender exculpar a Dios del problema, con frecuencia lo que se consigue es expulsarlo del mismo, algo que –como explica después este autor– hay que evitar a toda costa<sup>3</sup>.

Gesché no exculpa a Dios y, por tanto, no niega el hecho de que el mal existe porque Dios de alguna manera lo permite. Pero da un giro al argumento de que el mal sea una objeción contra Dios afirmando que es Dios quien se posiciona contra el mal.<sup>4</sup> Así, aun permitiéndolo, Dios se erige como el principal oponente al mal y lo combate, con lo que, de alguna forma, se sitúa junto al hombre en esa lucha. Sin embargo, esta oposición al mal no debe entenderse como una concepción dualista de una eterna lucha entre las fuerzas del bien y del mal, postura poco conciliable con el monoteísmo y en general con el Magisterio de la Iglesia. La infinitud de Dios no deja margen para rivales contrapuestos en un Olimpo superpoblado.

No cabe pues imaginarse la lucha contra el mal como un cam-

---

<sup>3</sup> ADOLPHE GESCHÉ, *El mal*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2010, 27.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, 41.

po de batalla cosmológico en el que los dioses combaten mientras el hombre asiste como espectador y víctima a la vez. El hombre ocupa también un lugar central en la lucha, situándose en el bando de Dios, al que así puede tratar de tú, es decir, en segunda persona en lugar de tercera<sup>5</sup>. Esto es importante pues ante la experiencia del dolor, el hombre busca en los demás, fuera de él, a un responsable. En estos casos, un recurso fácil es culpar a un ente divino que actúa como un frío *demiurgo* que maneja las idas y venidas del destino. Pero esa figura aparece impasible y ajena, muy diferente de cómo es el Dios de los cristianos. El Dios que es creador y padre se aproxima al sufriente dejando sentir su cercanía y no tiene reparos en dialogar con él, incluso en sufrir sus reproches por duros que sean. Lo vemos ya en el libro de Job, en el que pese al sufrimiento que Dios permite, aunque sea instigado por el propio Satanás, aquel se acerca a su siervo de una forma muy diferente a como lo hacen sus congéneres que le acompañan a lo largo del relato. Aunque la severidad del Dios de Job puede parecernos lejana a la actitud del padre del hijo pródigo del evangelio de Lucas, no deja de ser un Dios que reconoce y repara, sin juzgar a Job de forma distante y fría como acaban haciendo sus amigos.

---

<sup>5</sup> *Op. cit.*, 33.

### Vivir la experiencia del mal

Como hemos visto, es difícil cuestionar el hecho de que Dios permite el mal, pero el creyente sabe que en estas situaciones, de alguna forma, Dios se ofrece a acompañarnos, a padecer con nosotros, a compadecernos. Ante la realidad inevitable del dolor, el creyente encuentra su consuelo en la cercanía de Dios. Puede parecer un consuelo escaso pero no lo es para quien ha experimentado esa cercanía en momentos de sufrimiento.

Sin embargo, quien no ha vivido esta experiencia no aceptará fácilmente este razonamiento. Desde luego, el ateo posiblemente lo verá como un placebo, como un falso consuelo, una fantasía autocomplaciente que puede servir para ahorrar en ansiolíticos pero poco más. Desgraciadamente, tampoco será aceptado siempre por aquellas personas que viven una fe infantil en un dios mágico que protege a todos con la facilidad de un superhéroe. Porque Dios nos acompaña, sí, pero no nos protege del mal, no nos lo quita, con lo que es fácil que estas personas sucumban horrorizadas ante los inevitables reveses de la vida<sup>6</sup>. Curiosamente, a todas estas personas les costará asumir esta aparente impotencia de Dios

---

<sup>6</sup> Cfr. TOMÁŠ HALÍK, *Paciencia con Dios. Cerca de los lejanos*, Herder, Barcelona 2014, 122.



pues tanto el ateo como el que vive en la fe de su infancia, toleran mal las dudas y los cuestionamientos de sus creencias.

No obstante, a aquellos agnósticos curiosos, a los que creen en algo más o menos concreto, adaptado a su comodidad, a los que se reconocen «espirituales», en el más amplio y polifacético sentido del término, ¿qué les podemos explicar, como creyentes, cuándo nos preguntan por el sentido del mal? ¿Qué papel juega Dios en todo esto?

Será una vez más el testimonio más que las palabras, la acción más que la razón, la punta de lanza del creyente, las ligeras gotas que penetran en las fisuras y acaban fragmentando las rocas más sólidas. Testimonio cuyo valor se realza en este caso pues si hay algo que caracteriza al dolor o la enfermedad es su carácter personal. El mal es de cada uno y aunque nos encontremos en la compañía de seres queridos que puedan ofrecernos palabras de consuelo, o nos hallemos en compañía de otros con los mismos padecimientos, al mal nos debemos enfrentar en solitario cada uno de nosotros. Nadie siente el mal por igual ni reacciona igual ante él. En sus momentos álgidos, en las noches largas y cerradas, cada uno de nosotros se asoma en la más cruda soledad al abismo del dolor, a la desesperación del vacío.

Sin embargo, el creyente en ese momento tiene la posibilidad de acercarse a Dios, de notar su presencia: sabe que no está solo.

¿Resuelve esto la contradicción del Dios bueno que permite lo malo? A primera vista diríamos que no, sobre todo a los ojos del que padece y que no puede desembocar sino en la búsqueda de una explicación. Pero aunque no nos da una respuesta, Dios se nos ofrece en un diálogo que no deja de ser, en términos religiosos, una plegaria: «¿Por qué, Señor, me rechazas y me escondes tu rostro?» (Salmo 88, 15).

Sin duda la gran contradicción debe resolverse en ese diálogo, pero no hay que olvidar que este surge inicialmente del reproche del hombre al Dios ausente, al que hace oídos sordos a sus preguntas. Porque, para el creyente, como afirma Gesché, Dios es objetable<sup>7</sup>. Lo que no quiere decir que sea contradictorio, algo que naturalmente pondría en entredicho su perfección. Al contrario, es el carácter finito e imperfecto del hombre el que limita su capacidad de conocimiento y por ello le es vedado, entre otras cosas, el conocimiento divino que explicaría este misterio. Por eso, desde la perspectiva humana, semejante a la ances-

---

<sup>7</sup> *Op. cit.*, 186 y ss.



tral cueva platónica donde solo las sombras dibujan la realidad accesible, se observan situaciones irreconciliables que suscitan un lógico rechazo: Dios no puede ser omnipotente, bueno y, a la vez, permitir el mal. Precisamente, la libertad de la que nos ha dotado Dios ha hecho que se nos dote de la posibilidad de oponernos a Él, de objetarle. Así, ese diálogo que a algunos puede parecer irreverente, incluso blasfemo, es un diálogo permitido, incluso querido por Dios, como se evidencia de la lectura de numerosos pasajes de las Sagradas Escrituras.

También Jesús es cuestionado por sus amigos cuando no evita la presencia del mal. Lo podemos leer en la resurrección de Lázaro, en el capítulo 11 del Evangelio de San Juan. Según el evangelista, Jesús se encontraba con sus discípulos cuando supo de la enfermedad de Lázaro, del que era amigo al igual que de sus hermanas Marta y María. Sin embargo, en lugar de dirigirse hacia Betania, donde vivían, retrasó su marcha, con lo que cuando llegó allí el enfermo ya había fallecido. La actitud aparentemente desconsiderada de Jesús es correspondida con el legítimo reproche de Marta, la hermana de Lázaro: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano» (Jn, 11, 21). Pero la actitud de Jesús es reparadora. Resucita a Lá-

zaro, sí, pero antes se conmueve, llora junto a las dos hermanas la muerte de su amigo. Comparte el dolor de ellas aun a sabiendas de ser él el portador de la vida, de la sanación eterna.

Esto es importante pues esa objeción, aun siendo importante, no es definitiva. Al contrario, se trata más bien de una primera fase que deriva en un acercamiento a Dios. Porque al dialogar con Él de alguna manera alcanzamos una mayor comprensión de su voluntad. Lo podemos leer en el libro de Job cuando, al final, éste se da cuenta de que con todos los padecimientos Dios se le ha manifestado de forma más clara, le ha dado a entender sus propias razones y, por ello, exclama: «Te conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos» (Job 42,5).

Pero para el cristiano, este acercamiento a Dios tiene un camino perfectamente definido en la figura de Jesús de Nazaret, en cuya cruz se reúne y supera el padecimiento humano. La resurrección de Jesús supone la culminación final, la clave de bóveda del problema del mal y su solución, pues la resurrección supone la victoria definitiva sobre el mal y la muerte. Es la respuesta a la pregunta inicial pues con Jesús ya no nos situamos solo en un Dios que nos acompaña en el padecimiento sino

con un Dios que padece también, que sufre por nosotros y para nosotros pero que nos ofrece la esperanza definitiva.

Este camino de fe precisa, como ya hemos apuntado, una madurez importante. No cabe aquí una fe de consuelo fácil sino una fe capaz de perseverar en la adversidad pues, como apunta Tomáš Halík, «la fe madura es siempre una fe herida por los dolores del mundo, la conocemos por las cicatrices, al igual de Jesús resucitado se legitimó ante sus apóstoles por sus cicatrices»<sup>8</sup>.

Una vez más, sin embargo, la solución para el creyente puede acabar siendo un problema cuando debemos intentar responder a las preguntas del increyente, del curioso o, ya no digamos, del ateo. Pues la resurrección, indisolublemente unida al misterio de la cruz, sigue siendo, dos mil años después, un escándalo para la mayoría de las personas<sup>9</sup>. Es una dura tarea intentar explicar aquello que no tiene explicación pues se trata de

una verdad de fe, una verdad sin la cual nada tiene sentido para el cristiano.

Es por eso que debemos insistir en que el testimonio, más que el discurso, podrá tener un efecto mayor en aquellas personas que se acercan al cristiano. Las limitaciones lógicas y lingüísticas del hombre, que le impiden responder a la cuestión sobre la existencia del mal, solo pueden minorarse por la propia vivencia como creyentes. Vivencia que solo alcanzará una coherencia y una solidez considerable en la medida en que se fundamente en una fe madura que nos permita mantener un diálogo con Dios, compartiendo el dolor y la lucha por vencer ese mal. Por eso es importante no olvidar el envoltorio necesario para que esa fe crezca y se consolide: la esperanza. Pues precisamente en los momentos de padecimiento y dolor, una fe carente de esperanza acaba siendo un viento helado que paraliza la voluntad y hace florecer el desánimo. Y, como es fácil imaginar, esa esperanza solo puede fundamentarse en la persona de Jesús resucitado. ■

---

<sup>8</sup> *Op. cit.*, 134.

<sup>9</sup> Cfr. 1 Co, 1-18-25.